

# CUENTOS SALTEÑOS

## E L C I R C O

Escrito especialmente para ACTUALIDADES

Desde Pepino el 88, el clown cantor, recordado como en sueños, — pasando por los hermanos Petray y Alfredo Gobi, el payaso sanducero, nosotros éramos clientes asiduos de los "Circos de Pruebas y Dramas Criollos".

Su llegada era un acontecimiento y antes que se hinchara en la calle Real o en la Flor del Salto la gran carpa de lona, ya la chiquillería bulliciosa andaba alborotada, siguiendo al payaso montado en un burro y a un coche abarrotado de músicos que, en cada esquina, estallaba en una dislocada pieza.

Después ya ardían los grandes candiles humosos en la puerta del *pabellón*, y merodeaba la botijada pobre, confundida con vendedores de naranjas y de pasteles.

Entraban los afortunados, y cuando nosotros no estábamos entre ellos oíamos desde fuera las marchas ruidosas de la banda, las risas, los aplausos, el restallar del látigo del Director, haciendo galopar los caballos amaestrados... Y nos íbamos tristes y cariacontecidos.

No era para menos.

Tras la tela, ahora doñada por la luz, sucedía el prodigio:

¡Música. Color. Gracia!

El Toni, de la corbata enorme y la galera liliputiense, se ganaba todas las bofetadas. La amazona, con su traje de malla y sus bonitas piernas, saltaba de cabeza a través del arco de papel, y volaban los acróbatas de uno a otro trapecio...

Las veces que entrábamos no sólo gozábamos un mundo sino que aprendíamos una inmensidad, y no se nos escapaba un chiste del clown, un salto del barrista o la patética tirada de los melodramas.

Aprendimos el bofetón simulado, el arte de pararnos sobre la cabeza, el tragarnos el cigarro encendido y las frases más célebres de Martín Fierro:

«Mamau me tiró sin rumbo que sino no cuento el cuento».

«Va-cayendo gente al baile... Más vaca será su madre!...».

Y declamábamos, y pelcábamos con la policía con tanto ardor de hacer peligrar los vidrios de nuestras casas.

El circo hacia temporadas de dos o tres meses, y entre tanto nuestras imatras vocaciones se desarrollaban vertiginosas.

Se hacían volteretas y saltos mortales; nos conseguimos algún machucón caminando sobre el alambre, y donde nos encontrábamos media docena de ciu-

descosíamos una docena de bolsas, pedíamos sillas prestadas, y alguno contribuía con colchas y frazadas que servían de telón y de decoraciones... ¡Y se armaba el picadero y el escenario!

Los trajes se improvisaban con más ingenio que propiedad, y sufrían grandes mermas los cojinitos con los cuales confeccionábamos bigotes y barbas de italianos, de gauchos y de viejos criollos.

Las entradas costaban, sin ex-

tolín Leiva, se nos había aparecido con bombachas, cintos, espuelas, rebenque de plata, poncho, la mar!...

Nos repartíamos el botín, y medios maneados con los arrees enormes robamos a Vicenta, amenazamos a Sardetti y compadreamos de lo lindo haciendo sonar las espuelas y relumbrando la hoja lustrosa del facón auténtico.

Fué una noche sin precedentes

El circo rebosaba concurrencia, y si bien las gracias del payaso y los saltos mortales y los juegos malabares llamaron la atención y despertaron aprobaciones, cuando éste ya está muerto y se debe ver el combate final de Juan Moreira con la policía, se nos apareció en escena.

A Yango lo habíamos vestido de Sardetti; y en el último acto, cuando éste ya está muerto y se debe ver el combate final de Juan Moreira con la policía, se nos apareció en escena.

—¿Qué hacés aquí?... Andate que vos estás muerto!

Él no contestaba y quería esconderse, pálido, temblando de miedo.

—¡Está el viejo!

La novedad no dejó de impresionarnos.

La representación se interrumpe; los artistas pasaban desaforados por la escena y yo, Juan Moreira, decidido a salvar la situación, recitaba mi parte cuando, rebenque en mano, don Antolín irrumpió en el escenario.

—¡Sabandijas!...

Y sin contemplación ninguna, ante el respetable público escandalizado, me sacó las bombachas, las botas, el puñal, el tirador, y salió atrás de su hijo que ya saltaba el cerco como una exhalación...

Y lo peor del caso fué que hubimos de devolver los *tachos de cobre*, los dos vintenes, a cada uno de los espectadores, por la interrupción del espectáculo!...

MONTIEL BALLESTEROS.

Catania, Julio 23 de 1924.

(Ilustración de *Pesce Castro*).



dadanos, ya implacables Moreiras, Matacos, No Bentos o Cocoliches, echábamos la ronca, desfundábamos la farinera de palo y nos hacíamos unos tiritos:

«Haceme una atropellada, hasta por favor te pido y así vas a conocer lo que nunca has conocido!».

Como un corolario de tales actividades, de aquellas aficiones embrionarias, en el corralón más amplio, en la casa de padre o madre más condescendiente, surgía el circo.

Fuera de las luchas por ser cada uno el protagonista — ya el afán ambicioso y dominador trabajaba a los pichones de hombre — lo demás corría sobre rieles.

cepción, dos vintenes, y el repertorio criollo era a veces enriquecido con «El estudiante de Salamanca» y «La flor de un día», trotona, del buen don Francisco Camprodón.

Los artistas se desvivían por demostrar la mayor propiedad, por estar lo más en carácter, y se sufría sin chistar algún palo por demás expresivo cuando los combates de Hormiga Negra con la partida policial o cuando el Comisario castigaba a Moreira acostado en el cepo.

Es de imaginar con que entusiasmo fué recibido, — la noche que representábamos Juan Moreira y Julián Giménez — el contingente de pilchas traídas por Yango para reforzar nuestro vestuario.

Él, hijo de un tropero, don An-